

subterráneo y lo celeste, la biología y la magia; pero a la vez sugieren un eje cósmico, un centro absoluto que no perdura sino como recuerdo del narrador, cuya palabra nace a partir de la pérdida. Aunque en un mundo moderno y fluido como el que permite a los personajes desplazarse de Caracas a Granada o de París a Aruba los arcaicos hábitos del arraigo se tornen frágiles, hay algo que se niega a borrar el signo que los sucesivos derrumbes ocultan. La escritura se impone en López Ortega como testimonio de un centro que no existe y al cual, sin embargo, no se le rehúsa el íntimo don de la nostalgia. El árbol que sujeta lo de arriba a lo de abajo – “indio”: tal vez esencia genesiaca de lo nacional – pertenece, como Inocencio, a “una realidad aparte”; es anegado por el deslave, la materia urobórica de que estamos hechos, “serpiente sinuosa que todo lo devora”, lo que no logra terminantemente excluirlo: su recuperación en forma de memoria, de mito, da cuerpo al decir y nos hace desear una reconciliación, “inocente” o no, que ayude, al menos, a sobrevivir entre las ruinas.

Miguel Gomes
University of Connecticut-Storrs